Arzobispo
Braulio Rodríguez Plaza

Homilía

Muerte del papa Juan Pablo II

Misa en sufragio por el papa Juan Pablo II

5 de abril de 2005

Fácil es de entender que la muerte del papa afecte profundamente a un obispo, sucesor él también de los apóstoles, pero vinculado al sucesor de Pedro por lazos teológicos y afectivos; me afecta sobre todo la muerte de Juan Pablo II, con el que tantas veces me he encontrado, cuyo magisterio ha sido para mí luz en los años que he vivido como obispo, y por cuya voluntad recibí la ordenación episcopal. Los lazos afectivos, pues, refuerzan precisamente que el papa sea el vínculo supremo visible de la unión y de la comunión de la Iglesia universal con las Iglesias particulares o diócesis.

El papa Juan Pablo II ha muerto y ahora lloramos su muerte. Pero lo hacemos en la paz y en la esperanza que nos da Cristo, el Redentor del hombre, que ha querido la existencia de la Iglesia, sin cuya presencia ésta no existe. Pedimos también al Señor que acoja al Santo Padre en su gloria, en la gracia completa; que acoja, sí, su persona, su vida, su obra apostólica, su amor sacrificado en ese bellísimo y definitivo encuentro con Cristo, el que ha vencido a la muerte y al pecado, sobre todo al pecado de injusticia. En los últimos años, el Papa no ha ocultado su vejez venerable, su enfermedad, al ofrecer por la Iglesia hasta el último momento de su existencia. Ha muerto con la dignidad del que cree en Jesucristo, de modo lúcido, dando a la muerte el amén que ésta tiene en el misterio cristiano. Demos gracias a Dios por su testimonio.

nos empuja a la búsqueda de una felicidad puramente hedonista y utilitaria. Es la nostalgia de Dios que anida en todos nosotros. Al fin y al cabo, la consecución del bienestar material nos hace naufragar en un mar de insatisfacciones. La soberbia contemporánea creyó matar a Dios, como quien borra algo demasiado lejano, sin saber que al matar a Dios estábamos matando una parte de nosotros mismos que nos completaba, pues nuestra naturaleza no puede entenderse sin esa vocación de espiritualidad. Y de esa nostalgia nos ha hablado Juan Pablo II constantemente.

Creemos que así ha agradado el Papa a Dios, y Dios lo ha amado. Dice la Escritura en la primera lectura: «*Madurando en pocos años, llenó mucho tiempo*» (Sb 4,13). ¿Son muchos o pocos años los que Karol Wojtyla ha sido aquél en quien ha vivido Pedro? Dios lo sabe y Él es soberano y quien por medio del Espíritu dirige la Iglesia. Nosotros acatamos su voluntad y le agradecemos la persona de este Papa. «*Como su alma era agradable a Dios, lo sacó aprisa de en medio de la maldad*» (Sb 4,14).

Lo que sorprende en el papa Juan Pablo II es su magnitud. Su actividad ha sido asombrosa, pues apenas es creíble, si uno no lo ha visto, lo que ha hecho en estos casi veintisiete años: gobierno de la Iglesia, viajes, discursos, atención a muchedumbres incontables, atención también a la complejidad del mundo, intervención en el examen de sus problemas, escritos doctrinales de extraña profundidad. ¿Cómo es posible hacer todo esto?

Creo que todavía no hemos entendido lo que es capaz de hacer un hombre o una mujer si se dejan llevar del Espíritu Santo de Dios (segunda lectura), como hijos verdaderos de Dios. Juan Pablo II ha vivido, también como papa, el espíritu de hijo adoptivo que le ha hecho clamar tantas veces: «*¡Abbá!*» (Padre). ¡Qué capacidad le ha dado el Espíritu de Jesucristo a este Papa! Los trabajos no han pesado para él, pues siempre ha confiado en la plena manifestación de los hijos de Dios. En efecto, podemos gemir, se puede trocear nuestro organismo, pero poseemos las primicias del Espíritu y sabemos que llega la redención también para nuestro cuerpo.

Juan Pablo II, en la que ha sido la última etapa de su vida, ha escrito una encíclica sobre la Eucaristía; ha declarado el Año de la Eucaristía y ha programado un Sínodo de Obispos sobre la Eucaristía. ¿Será que ha querido subrayar de dónde viene la fuerza a los cristianos? ¿Será que ha experimentado él

Cristo y eso no pasa de moda, pues no hay fe sin un trato personal con el Señor, el siempre joven, vivo en su Iglesia.

Si quisiéramos sintetizar en pocas palabras los rasgos primordiales del ministerio del Papa en estos casi veintisiete años, tendríamos que hablar de la defensa de la persona, la no nacida y la naciente, la pletórica de juventud y la que se agosta en la vecindad de la muerte; también la libertad de los aprisionados por regímenes políticos de izquierdas o de derechas, o por los fundamentalismos religiosos; e igualmente la verdad que funda al hombre y, liberándolo de la mentira, le abre al Eterno, a su misterio personal y al prójimo. De ahí su defensa de los pobres de este mundo, de su apoyo a una globalización de la solidaridad, que por el desarrollo les saque de su pobreza severa. A muchos no les ha gustado que el Papa defendiera todo esto, como tampoco su total rechazo de cualquier guerra. Y obsesión suya ha sido identificar y realizar al hombre y la mujer como seres morales. Ha repetido, por ello, que no todo poder político, científico o técnico funda una legitimidad moral.

Pero no es hora de balances. Ha muerto el Papa, que como todo cristiano necesita nuestra oración ante el Padre y por quien en esta noche ofrecemos lo mejor que tenemos, la Eucaristía. Oremos, pues, por Juan Pablo II, testigo de Jesucristo, pastor que nunca se rindió en su servicio a la Iglesia. Que Dios le premie sus desvelos y su afán de predicar el Evangelio de nuestro Señor Jesucristo. Os pido también que oréis por la Iglesia del Señor, y que os sintáis ahora más hijos de la Iglesia, que está unida cuando ora por el que ha sido sucesor de Pedro, y que sabe que Cristo no la abandona, pues Él es el Salvador y el Redentor, y quien nos acompaña y fortalece nuestra fe por medio del Espíritu Consolador, el Paráclito, que hace siempre las cosas nuevas. Mucho consuelo dan aquellas palabras que el viejo profeta dijo hace tantos siglos: «*Algo nuevo va naciendo, ¿no lo notáis?*» (Is 43,19). Seguro que Juan Pablo II nos exhortaría con parecidas palabras. Con María, la Madre, del Señor esperamos una nueva efusión del Espíritu. Que así sea.

† Braulio Rodríguez Plaza, arzobispo de Valladolid